

**Fernando Riva. “Nunca mayor sobervia comidió Luçifer”. *Límites del conocimiento y cultura claustral en el Libro de Alexandre*. Madrid /Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2019. 234 pp.**

Según Fernando Riva, no existe un consenso claro en reconocer los poemas en cuaderna vía escritos hacia la década de 1250 en Castilla como un conjunto unitario de obras y como una escuela con características determinadas e identificables: el mester de clerecía. La crítica hispanomedievalista sostiene que sí existió; la crítica anglosajona, que no. En relación con lo anterior, Riva tercia con una solución pragmática: propone utilizar el término “poesía en cuaderna vía”. Una ventaja de ello es la flexibilidad en la denominación. La otra es que podría ampliar el conjunto de textos escritos bajo esa forma métrica hasta el siglo XIV.

En realidad, no es propósito de Riva resolver la cuestión. Su reflexión apunta, más bien, a un tema más puntual: probar que el *Libro de Alexandre* (compuesto probablemente en Palencia, en la década de 1220) es fruto de una cultura claustral (no necesariamente monástica) que reaccionó con textos en vulgar y en latín contra la irrupción del nuevo paradigma intelectual impuesto por el aristotelismo —particularmente en su vertiente averroísta— y la filosofía natural. En este contexto, la soberbia del intelecto (de los que escogen mal entre la *scientia* y la *sapientia*, el par agustiniano) resulta el pecado *príncipeps*. Como encarnación de este, ¿qué mejor personaje que Alejandro de Macedonia, alumno de Aristóteles, que expandió sus conquistas por el mundo antiguo, y para hacerlo se



aprovechó de los conocimientos de la geografía y de las ciencias naturales?

Ahora, al desmontar el *Alexandre*, definir su *intentio operis* y vincular el texto con la literatura latina y vernácula de finales del s. XII y la primera mitad del XIII, Fernando Riva bien puede haber identificado a por lo menos una de las corrientes del mester de clerecía. Ciertamente, vincula verosímelmente en un conjunto de propósitos ideológicos compartidos a círculos de la Universidad de Palencia, monjes de los monasterios de Santo Domingo de Silos y San Pedro de Arlanza y una copia de autores y obras: “el arlantino”, Gonzalo de Berceo, el *Poema de Fernán González*, el *Libro de Apolonio* y el *Libro de Alexandre*. Riva sostiene, también, que dentro de los clérigos (regulares o claustrales) de la misma tendencia reaccionaria, antiaristotélica, antinaturalista que aplicó las disposiciones del IV Concilio Lateranense de 1215 deben incluirse textos latinos como *Planeta* (1218) de Diego García de Campos y *De altera vita* (1236). Puedo agregar que una obra tan tardía como el *Libro de Buen Amor* (c. 1343) presenta un prólogo en prosa que, según Francisco Rico, es una recusación del averroísmo, con lo que la reacción antiaristotélica y antinaturalística podría haber llegado hasta el primer tercio del siglo XIV (y, así, comprobar la sugerencia de Riva arriba mencionada, dándole además el contenido que este ya había encontrado en los autores del siglo XIII).

Fernando Riva declara expresamente que, a través de cinco capítulos, busca investigar la dinámica de la tensión entre la búsqueda intelectual y sus límites dentro de la tradición claustral. El primer capítulo trata sobre la búsqueda de conocimiento por parte de Alejandro, los términos de aquel y sus mecanismos de restricción basados en la tradición desde la Biblia hasta san Agustín. El segundo capítulo se ocupa del saber expresado a través del par *scientia* y *sapientia* (de raíz agustiniana), a partir del uso de la profecía de Daniel, clave en la interpretación del poema, y que impone a este una narración apocalíptica (la de los reyes malditos de Babilonia) para demostrar el modo en que Alejandro fracasa en su proceso de lectura (como Baltazar, por ejemplo, en Dn 5, quien no supo inter-

pretar las misteriosas palabras aparecidas en las paredes de la sala del palacio real, donde se celebraba el banquete). El tercer capítulo desarrolla la forma en la que la tradición del *Alexandre*, en relación con *Planeta* de Diego García, propone determinados aspectos doctrinales mediante el *contemptu mundi*, que se vincula al tema del fin de los tiempos. El capítulo cuatro se centra en el contexto en el cual el *Alexandre* se erige como una reacción contra el aristotelismo heterodoxo tal y como se difundió y se interpretó en la península ibérica, manifestado a través de las herejías de Burgos, Palencia y, con más énfasis, León, según el testimonio de Lucas Tudense. Por último, el capítulo cinco analiza los episodios de ascenso al cielo y de descenso al océano en el *Alexandre*, sobre la base de interpretaciones bíblico-proféticas tratadas por teólogos medievales claustrales (san Bernardo de Claraval, Hugo de San Víctor), sobre todo a partir de las ambigüedades del signo alejandrino, en lo que respecta a los significados del vuelo en su dimensión luciferina (y del descenso como contraparte de este con las mismas características) como culminación de un linaje de reyes de la ciudad de Babilonia (pp. 30-31).

La relación anterior ofrece una imagen precisa, pero muy escueta del rico contenido del libro de Riva, a la vez comentario puntual de un texto literario y recorrido amplio por la historia cultural castellana de los siglos XII y XIII. Como no es posible dar cuenta completa del contenido del texto, intentaré realizar una cala de dos de los temas principales tratados por Riva a propósito del *Alexandre*: el dominio del mundo y sus supuestos intelectuales, y el linaje de los reyes malditos de Babilonia.

Como en el *Fernán González* del arlantino o en *De altera vita* de Lucas de Tuy —dos manifestaciones, una en vulgar, otra en latín, de la reacción claustral castellana al aristotelismo y la filosofía natural— el tratamiento del pecado de la soberbia recibe especial relevancia en el *Libro de Alexandre*. Como dice Riva, la cifra del juicio moral del autor proviene de la comparación entre Alejandro y Lucifer, a causa de la soberbia: “En las cosas secretas quiso él [Alejandro] entender/ que nunca omne vivo las pudo saber.

/ Quísolas Alexandre por fuerça çoñocer: / ¡Nunca mayor soberbia comidió [‘urdir’, ‘concebir’, ‘considerar’] Lucifer!” (c. 2327).

Ciertamente, argumenta Riva, Alejandro Magno es soberbio por su *hybris* de poder. También lo es porque ese poder se sustenta en el conocimiento. Riva remite a dos autoridades de mucho peso (san Agustín de Hipona y el benedictino Hugo de San Victor) para comprender la polémica sobre los nuevos saberes —particularmente, la recomposición del *quadrivium* para incluir a la filosofía natural y a la medicina—, seguramente viva en el claustro palentino, en el monasterio de Santo Domingo de Silos y hasta en la cancellería castellana. Uno de los aportes de Fernando Riva a la discusión sobre el origen claustral o regular del *Alexandre* es la razonable idea de que entre los citados ámbitos había porosidad, más que oposición.

Riva remite a san Agustín la invención de dos episodios clave del poema: el vuelo y el viaje submarino. El comentario de san Agustín al salmo 8, sostiene, es, en parte, la fuente para la idea de la soberbia que se corporiza en el libro. El obispo de Hipona sostiene al respecto que todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne (*concupiscentia carnis*), concupiscencia de los ojos (*concupiscentia oculorum*) y soberbia (*ambitio saeculi*). Con esta triada redondea su interpretación de la primera epístola de san Juan (I Jn 2:16). En el mismo comentario, san Agustín elabora: “Mira «aves del cielo» como los soberbios [...] comprende «peces del mar» como los curiosos que atraviesan los caminos del mar, es decir, averiguan a profundidad las cosas temporales de este mundo” (*Enarrationes in Psalmos* VIII, 13). Completa Riva: “Las aves según él representan la soberbia y los peces del mar la curiosidad” (p. 42). Esta curiosidad es un vicio, un pecado, pues distrae a los seres humanos de las cosas de Dios. Es, en términos agustinianos, *vitium curiositatis*, que aleja al hombre de la sabiduría divina al sustituir la *sapientia*, propia de los que buscan esta última, de la *scientia*. Como lo planteó Hugo de San Victor en su tratado *In Salomonis Ecclesiasten Homiliae*, la filosofía natural es una muestra de la anteposición de la *scientia* sobre la *sapientia*, el par tenso que recorre el *Libro de Alexandre*. Como dice Riva, la realidad que

puede reconocerse en la base tanto del texto del victorino como en el poema castellano es la del control del saber. El monarca es un rey omnisciente y poderoso que controla no solo el reino de los hombres, sino también el natural (p. 68).

Junto con el episodio cuya motivación se halla en el conocimiento de la naturaleza, se encuentra su contraparte, es decir, la exploración aérea del rey elevado por dos grifos hambrientos (cc. 2496-2514), motivo que puede apreciarse esculpido en un capitel de la iglesia de San Andrés en Palencia (fig. 1, p. 168). Se juntan aquí la soberbia alejandrina, en el acto mismo, en la elación, y el carácter intelectual de la exploración geográfica, aprovechada en última instancia para proseguir las conquistas (p. 19).

La representación de las consecuencias morales de tales episodios remite a aspectos doctrinales derivados del Antiguo Testamento, en especial al Libro de Daniel, que muestra una genealogía de reyes malditos —los reyes de Babilonia: Nemrod, Nabucodonosor, Baltazar, Darío— que llega hasta Alejandro (y hasta lo continúa, con Antíoco IV). Fernando Riva afirma que esta genealogía es una de las claves interpretativas del poema y que se basa en dos pilares: el pecado de la soberbia y Lucifer. Ambos componentes estructuran tal linaje y otorgan sentido a una sucesión histórico-profética fundamentada en el citado Libro de Daniel. La soberbia es clave para comprender la lógica del actuar de la monarquía babilónica, pues constituye el impulso que sobrepasa los límites impuestos (como ocurrió con la Torre de Babel), pero que, sobre todo, utiliza como medio de expresión al intelecto. Quien controla todo este linaje es Lucifer, que en las interpretaciones veterotestamentarias, patrísticas y medievales, es un soberbio monarca babilónico que busca ascender para desafiar a Dios. Tanto en la Patrística como en la tradición medieval, ciertos reyes de Babilonia, como Nemrod y Nabucodonosor, ya habrían sido equiparados con el demonio precisamente por su intento de semejarse a Dios (p. 19).

En síntesis, Fernando Riva ofrece con este libro un documentado estudio del *Libro de Alexandre* y de su época, en el que la erudición se asimila con facilidad por su claridad expositiva. Si algo

más pudiera pedírsele, es la traducción al español de todas las citas latinas. La mayoría de los textos latinos está traducida, pero faltan algunos.

Jorge Wiese Rebagliati  
<https://orcid.org/0000-0002-2819-2054>  
*Universidad del Pacifico*  
wiese\_jr@up.edu.pe

Recepción: 27/04/2023

Aceptación: 29/05/2023